

Los libros para el hogar

La ya larga serie de presidentes de los Estados Unidos presenta en Mr. Calvin Coolidge un nuevo tipo de selección, cuya fama, estamos casi seguros, no había traspasado todavía los límites de su país. La modestia de su posición, social y económicamente considerada, no fué sin embargo óbice para que el instinto de la gran democracia lo elevase a la Vicepresidencia de la República, de donde la mano que dirige los acontecimientos del universo habría de encaminarlo a la primera magistratura. Con la sencillez que ha caracterizado todos los actos de su vida, Mr. Coolidge se ha sentado en la silla de Washington, Adams, Jefferson, Lincoln, Wilson y tantos otros americanos ilustres cuyos solos nombres prestigian y elevan el concepto de la democracia, siendo a la vez cimiento inconmovible y blasón esplendoroso de la forma republicana de Gobierno; y desde el primer momento se ha revelado como el hombre que el país necesitaba, con el profundo conocimiento de su responsabilidad y de la naturaleza de los negocios de la nación.

Como lo hemos anotado, el nombre de Mr. Coolidge era bien poco conocido en nuestros países de habla española. Mr. Coolidge no ha sido un hombre de negocios, sino un estadista, y ante todo, un intelectual; un sediento de verdad, y un apasionado por todo lo que tienda al mejoramiento de las clases sociales, a cuyo fin jamás negó su concurso.

La revista neoyorquina *The Delinquent*, en uno de sus últimos números trae un artículo de Mr. Coolidge, sobre la importancia de los libros en el hogar, que traducimos en obsequio a los lectores de *La Nación*. Y si «el estilo es el hombre», por él conocerán al actual Presidente de la gran República, cuyo pensamiento encuentra cabal expresión en la frase emersoniana de noble corte, diáfana y profunda.

Bella iniciativa, por cierto, la de la asociación que ha concebido «mejorar los hogares» dotándolos de libros selectos, y que ha merecido la solícita atención del Presidente Coolidge, manifestada en el artículo que precede, escrito para los norteamericanos. Sobre la importancia y los beneficios que reporta a la sociedad tal institución nada podría agregarse. Y al realizar la traducción de tan interesante trabajo sólo nos ha movido el deseo de que en nuestros países de habla castellana, tan ricos en todo género

de literatura, se emprenda una obra semejante, que sería la más simpática, a la vez que la más alta expresión de las cualidades espirituales de nuestra raza.

Santos Cifuentes Rodríguez.

Es muy difícil describir un hogar. En su antigua sencillez sólo era el sitio de reunión de la familia; en nuestra complicada vida moderna es más bien un vasto establecimiento en donde la familia se congrega rara vez. Con todo, la gran mayoría de nuestro pueblo constituye su hogar dentro de esos dos extremos, siendo para un americano el sitio más cercano a su corazón.

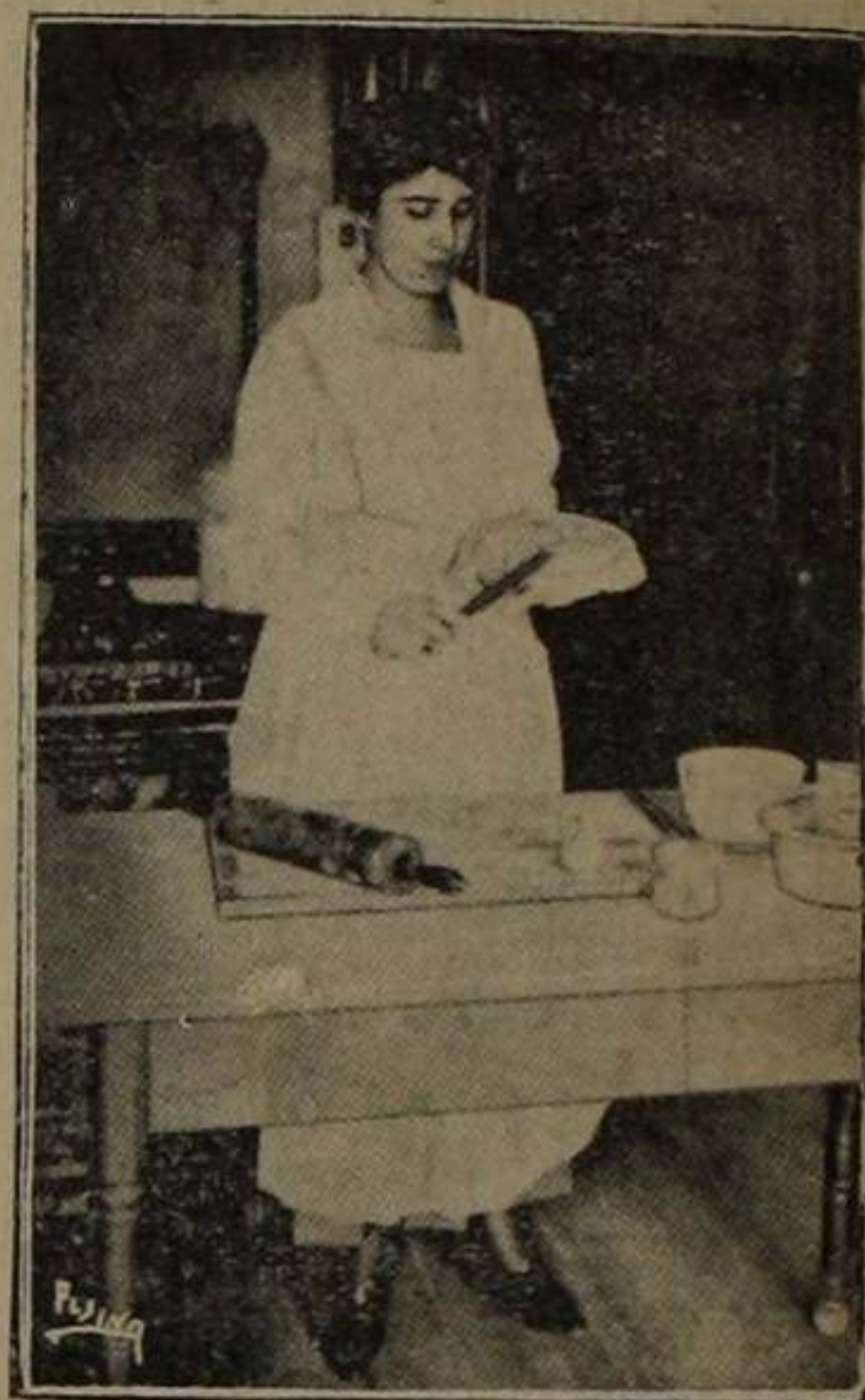
Tan imposible sería reglamentar el moblaje y los accesorios de un hogar, como lo sería reglamentar las costumbres de la gente, y, sin embargo, hay ciertos elementos que no deben faltar en todo hogar para aumentar su comodidad y encanto, y uno de ellos es una provisión de libros.

La América se ha convertido, como en casi todo orden de cosas, en el más importante mercado para la literatura corriente. Diarios y periódicos se publican con la mayor profusión y con todos los fines imaginables; éstos son indispensables, y estarán en las manos de todos, de acuerdo con sus ocupaciones o gustos. Tienen, además, un alto valor educativo y de entretenimiento, pero su índole supone ciertos conocimientos que no se relacionan con las gracias y fundamentos de la vida.

En los libros sazonados y maduros donde se encuentran esos fundamentos, como asimismo las informaciones para juzgar el sentido y el valor de los acontecimientos y los esfuerzos para el mejoramiento político y social.

Para este país ha llegado el momento de pensar más en ese asunto. Durante los últimos veinte años se ha dado mucha atención a la manera de distribuir las recompensas a la industria, y tal distribución se ha llevado a efecto ampliamente. Mucha meditación y esfuerzo se han dedicado a disminuir las horas de trabajo, habiéndose realizado en este sentido un notable progreso.

La mayor parte del pueblo americano está dedicada a la industria y a la agricultura; mientras en algunas estaciones el trabajo del campo deja poco tiempo disponible, en otras hay una gran cantidad de ratos perdidos; y en cuanto a las industrias, las horas



«Debe uno ser paciente, llenarse de esperanzas, interesarse por algo, mostrarse orgulloso, cultivar siempre alguna devoción». Mrs. Coolidge, la primera dama de la tierra, nunca ha sido demasiado orgullosa de ser la colaboradora de su marido, y aun hoy en la Casa Blanca, aprecia la importancia de ser una buena señora de casa.

de trabajo dejan ahora un margen cómodo para otro género de actividades. Uno de los principales argumentos aducidos en favor de la disminución de las horas de trabajo ha sido siempre que ese margen sería utilizado no solamente en el ocio y las diversiones, sino en el mejoramiento del pueblo.

El motivo principal del nuevo movimiento para mejorar los hogares es habilitar a la gente para elevar sus condiciones de vida. La mentalidad es la más alta característica del género humano. Es cierto que su parte física no puede descuidarse, pero la corona de gloria de su ser la constituyen la inteligencia y el alma; son éstas únicamente las que colocan al hombre en un plano superior a todo lo demás, dándole el conocimiento de la verdad y abriéndole las puertas de lo eterno. Si es posible disfrutar de una vida más abundante, se deberá al cultivo de tan preciosos dones.

Ni las escuelas, ni aun las universidades perfeccionan la educación. Algunas veces parece como si, a lo más se limitasen a buscar el camino para lograr una verdadera educación por la auto-dirección después de terminados los estudios. Poco importan,